



# Soñar con quedarse: experiencias de mujeres frente al desalojo en la Ciudad de México

Recibido: 2021-12-15

Aceptado: 2022-04-05

## Cómo citar este artículo:

Linz, J. y Soto Villagrán, P. (2022). Soñar con quedarse: experiencias de mujeres frente al desalojo en la Ciudad de México. *Revista INVI*, 37(104), 10-45.  
<https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.65649>

Este trabajo fue financiado por una beca de Fulbright-García Robles, una beca de P.E.O. International, y una beca de the College of Arts and Sciences en la Universidad de Kentucky. Es parte de la tesis doctoral de Jess Linz, *Affective registers of displacement: Eviction and gentrification in post-earthquake Mexico City*, (2018-2021).

## Jess Linz

University of Kentucky, Estados Unidos, [linz.jess@gmail.com](mailto:linz.jess@gmail.com)  
<http://orcid.org/0000-0003-0173-6610>

## Paula Soto Villagrán

Unidad Iztapalapa, Universidad Autónoma Metropolitana, México, [paula.soto.v@gmail.com](mailto:paula.soto.v@gmail.com)  
<http://orcid.org/0000-0003-3049-3451>



## Soñar con quedarse: experiencias de mujeres frente al desalojo en la Ciudad de México

**Palabras clave: desplazamiento; destierro racial; género; gentrificación; vivienda.**

### Resumen

En este artículo analizamos los efectos diferenciales del género en los casos de desalojo forzado del hogar y de desplazamiento hacia la periferia experimentados por mujeres habitantes de la Ciudad de México. Consideramos que el desalojo es uno de los problemas menos abordados en los estudios urbanos, a pesar de tener una importancia fundamental para discutir las cuestiones de ciudad y vivienda desde una perspectiva feminista. Hipotetizamos que se trata de una expulsión que afecta no solo a las mujeres, sino que a las mujeres racializadas. Así, reuniendo los conceptos de desalojo, movilidad e inmovilidad, “*racial banishment*”, gentrificación, entre otros y, través de un método de investigación cualitativo que reconstruye los relatos de desalojo y desplazamiento recogidos mediante entrevistas con mujeres de la “Red de Desalojados de la Ciudad de México”, damos textura emocional y encarnada a estos procesos urbanos abstractos. En este contexto, los hallazgos muestran cómo las cuestiones étnico-raciales cruzan interseccionalmente y tienen efectos de género específicos. Asimismo, ubicamos cómo el desplazamiento forzado puede ser entendido desde una perspectiva de movilidad e inmovilidad, donde aspectos como la accesibilidad a la ciudad y la inseguridad son muy sensibles para las mujeres. Finalmente, abordamos cómo entender la experiencia del desalojo desde una perspectiva emocional.

## Introducción

El 15 de octubre de 2021, cargadores contratados invadieron ilegalmente una vivienda de 20 familias indígenas Mazahua en la colonia Juárez de la Ciudad de México, golpeando y expulsando a sus habitantes. Llegaron con martillos, palos y otros objetos exhibiendo un exceso de violencia, sin aviso previo y sin papeles oficiales (“Así se vio desde el aire”, 2021). Lograron sacar los muebles y pertenencias de las y los habitantes, llenaron la calle con muebles y artículos personales antes de ser detenidos por una riña y la llegada de la policía ciudadana (Bravo, 2021). En el chat de WhatsApp de un grupo que se ha organizado en contra de los desalojos en la ciudad, llegó una ráfaga de mensajes de este caso reciente poniendo en evidencia lo que se ha denominado “blanqueamiento por despojo” (Gaytán, 2019).

En los últimos 20 años, mientras la Ciudad de México se gentrifica, unas 400 mil familias han sido expulsadas a la periferia de la Ciudad de México (Cruz, 2021). En este contexto, buscamos analizar experiencias vividas por mujeres que han enfrentado el desplazamiento causado por desalojos, debido a que las repercusiones de la gentrificación rara vez son reveladas a través de las experiencias encarnadas y vividas por las mujeres, dándole así textura a procesos tan abstractos como la gentrificación y los procesos de inmovilidad y movilidad en las ciudades globales. Nuestra hipótesis plantea que se trata de una expulsión que afecta no solo a mujeres, sino que también, y en mayor grado, a mujeres racializadas. Además de señalar la interseccionalidad de este proceso de expulsión, también mostramos el papel que tienen las emociones en los desalojos forzados, donde la desolación y la angustia se combinan con la solidaridad, la esperanza, y el apego al lugar y se entretajan en experiencias encarnadas de habitar la ciudad.

Para abordar lo anterior, trazamos un camino analítico desde una perspectiva de género en el que primero ubicamos el problema del desalojo de mujeres, en el marco de una amplia preocupación sobre la vivienda, dando cuenta de los principales problemas estudiados y los enfoques que los sostienen. En el segundo apartado, retomamos los principales debates teóricos en torno a los conceptos de desalojo, movilidad e inmovilidad, “*racial banishment*” y gentrificación. En el tercer apartado, se discuten las dimensiones de género y raciales de los desalojos a través de los resultados de una investigación cualitativa desarrollada con mujeres de la “Red de Desalojados de la Ciudad de México”. A modo de cierre concluimos presentando los deseos de este colectivo de mujeres de una “in-movilidad voluntaria”; es decir, el deseo de quedarse en el lugar.

## Vivienda, género y ciudad. Objetos, enfoques y escalas

Como todos los problemas de desigualdad, la falta de una vivienda adecuada tiene una mayor incidencia entre los colectivos más vulnerables; “la mujer sufre discriminación en numerosos aspectos de la vivienda, la tierra y la propiedad en razón de su género, a lo que a veces se añaden otros factores como la pobreza, la edad, la clase social, la orientación sexual o el origen étnico” (Naciones Unidas, 2012, p. 40). En efecto, las mujeres, los niños y las niñas representan un elevado porcentaje de la población sin vivienda.

En este contexto, diferentes problemáticas han sido documentadas. Desde un punto de vista estructural, un problema importante ha sido que, tanto en la planificación del territorio como en la planificación habitacional, se ha omitido el protagonismo de las mujeres en la gestión del hábitat urbano (Soto, 2016). Así, las mujeres son doblemente excluidas: por un lado, como ciudadanas y, por otro, como sujetos de planificación. Alejandra Massolo (1995) ha documentado que, pese al papel protagónico de las mujeres de escasos recursos dentro de los movimientos urbano-populares, este protagonismo no necesariamente se ha reflejado en su participación en las decisiones sobre el diseño de la ciudad, la vivienda o la planificación urbana. Otro problema es la seguridad de la tenencia, en el caso de México la brecha de género se expresa de manera evidente, según INEGI (2015) las mujeres son propietarias de vivienda en menor cantidad que los hombres, con un 35% de las casas escrituradas en México a nombre de mujeres. Si vemos las diferencias entre grupos vulnerables, en el caso de las mujeres indígenas esta diferencia alcanza a 10 puntos porcentuales en relación con el porcentaje nacional: 30.9% de las viviendas habitadas por población indígena poseen escrituras a nombre de una mujer, mientras a nivel nacional, 40.8% de las viviendas tienen a una mujer como titular o cotitular de la propiedad (INEGI, 2015). El acceso a créditos también expresa la desigualdad, según Infonavit (2020), sólo el 34% de los créditos se otorgan a mujeres.

En una escala microsocia podemos mencionar otro orden de problemáticas. La cuestión de la habitabilidad ha sido un aporte para concebir la vivienda como un entorno no solo físico sino afectivo y simbólico donde las mujeres intentan compatibilizar tareas de reproducción social junto al trabajo productivo adaptando los espacios (Esquivel, 2004). El diseño y producción estandarizada de la vivienda, responde a un modelo de familia tradicional-nuclear, y a la generización del conocimiento (Molina, 2006) que se caracteriza por construir un imaginario dicotómico donde lo público y lo privado, junto a lo productivo y lo reproductivo, han marcado las políticas urbanas y habitacionales sin considerar los cambios en la actualidad en las formas de organización familiar y las múltiples situaciones vitales de todas las personas, que son cambiantes a lo largo del tiempo.

En este mismo orden microsocia, podemos encontrar el sentido político que adquiere la vivienda a través del concepto de hogar, donde, más allá de los elementos materiales, serán los aspectos inmateriales y políticos de esta, como el arraigo al lugar y la historia colectiva de las luchas los que pueden ser factores determinantes en la creación de un hogar en contexto de pobreza (Ossul-Vermeiren, 2021). En cuanto a nuestro objeto de investigación una cuestión menos investigada ha sido el tema de los desalojos forzados, que de acuerdo



a organizaciones internacionales se constituye en una grave violación de los derechos humanos (Naciones Unidas, 2012). Los desalojos incrementan la inestabilidad residencial de las personas arrendatarias de muchas formas, y, en especial pueden aumentar la probabilidad de que quienes son desalojados acaban trasladándose a barrios alejados y desfavorecidos. Desde una perspectiva de género, para las mujeres que se encuentran en situación de amenaza de desalojo, una de las principales preocupaciones es por los hijos, perder la tuición, o resulta imposible obtener matrícula en escuelas (Centro por el Derecho a la Vivienda y contra los Desalojos, 2006). Sumado a lo anterior, durante los desalojos forzados, las mujeres y las niñas son especialmente vulnerables a la violencia, incluida la violencia sexual (Naciones Unidas, 2012).

## Aproximaciones conceptuales. Notas críticas a los conceptos de desalojo, movilidad, “*racial banishment*” y gentrificación

Como hemos demostrado en el apartado anterior existe una amplia literatura que vincula la ciudad y la vivienda con las cuestiones de género. Sin embargo, estas aproximaciones plantean una concepción estática de vivienda, como un espacio fijo anclado al territorio, poniendo con ello mucho menor interés y énfasis en entender la extensión y la complementariedad de estas residencias con otros espacios de la ciudad a partir de la movilidad cotidiana (Imilán *et al.*, 2018). Una categoría que nos parece relevante para comprender el desalojo es el continuo movilidad e inmovilidad en la experiencia del destierro forzado en la Ciudad de México. Por un lado, la política de la movilidad, como lo ha propuesto Cresswell (2010), se expresa en las diversas formas en que las personas se mueven y las relaciones que las personas establecen con el movimiento, es decir, la política de la movilidad define quién se mueve y quién no, quién tiene la obligación de moverse y quién no lo hace y por tanto quién elige, cuándo y cómo moverse. Esto tiene claras implicancias de poder; es decir la inmovilidad puede ser concebida, por un lado, como un instrumento de poder y control social de los cuerpos y, por otro, como un discurso a través del cual se construyen los cuerpos generizados, por ejemplo, la idea de “confinamiento territorial” (Rose, 1993).

Por otro lado, en la intersección de los estudios de inmovilidad/movilidad y la teoría urbana sobre la gentrificación y el desplazamiento (Elliott-Cooper *et al.*, 2019), retomamos la perspectiva de DeVerteuil (2011) sobre la inmovilidad en las áreas de gentrificación. Los conceptos que DeVerteuil expone sobre la *inmovilidad involuntaria* (atrapamiento) y la *movilidad involuntaria* (desplazamiento) nos parecen un marco apropiado para comprender la cuestión de los desalojos. Para DeVerteuil (2011) la inmovilidad involuntaria tiene que ver con la forma en que las personas quedan atrapadas en una renta accesible en una zona en proceso de gentrificación. No pueden ampliar su espacio ni mudarse a otro espacio en la zona porque el que tienen es la única opción accesible. La *movilidad involuntaria* describe el movimiento forzado sobre una persona, contra su voluntad: el desalojo. Cuando estos dos fenómenos coinciden -cuando alguien involuntariamente inmóvil es desplazado

por el desalojo de una renta accesible en una zona en proceso de gentrificación- se ve obligado a alejarse del barrio por falta de lugares dentro de las limitaciones de su presupuesto.

Ahora bien, asociamos la idea de movilidad con un tipo particular de desplazamiento, que va más allá del movimiento de cuerpos de un lugar a otro, y que Ananya Roy (2017) ha denominado “*racial banishment*”, el destierro racializado que se expresa en geografías de movilidad forzada y presencia ilegalizada en el territorio. Para esta autora la expulsión de personas racializadas de partes de la ciudad mediante el desalojo es, en sí misma, una eliminación generalizada de los residentes negros de las zonas urbanas en proceso de gentrificación; esto constituye no solo un castigo legal, sino un destierro racial. Desde nuestra perspectiva, este concepto puede ser útil para comprender el caso de estudio en la Ciudad de México bajo un régimen extendido de desalojos ilegales, bajo varios supuestos. En primer lugar, de acuerdo con Roy (2017) el destierro racial se ubica como un proyecto del Estado, como un esfuerzo concertado de los gobiernos para bloquear la residencia, a menudo utilizando el poder policial. En segundo lugar, el destierro racial centraliza la importancia de la racialidad, creando una forma de desplazamiento espacial que expulsa a cuerpos racializados y en nuestro caso, generizados, de áreas urbanas. En tercer lugar, el destierro, y en nuestro caso el desalojo, no solo marca la desaparición de los residentes racializados de los núcleos urbanos, sino la pérdida del sentido de comunidad y de los lugares e historias que ellos han creado habitando el espacio.

Es importante precisar que frente a los discursos generales que describen la gentrificación fuera del mundo anglosajón, reconocemos que la gentrificación consiste en un fenómeno diferente cuando tiene lugar en América Latina. La pertinencia del término gentrificación para describir la transformación urbana ha sido ampliamente debatida, y a pesar de la renuencia a importarlo del norte global, y a sustituir otros términos como turistificación (Hiernaux y González, 2014), segregación y pobreza (Ziccardi, 2012), modernización y apego al lugar (Tamariz Estrada, 2019), regeneración/renovación (Leal Martínez, 2016), densificación (Flores, 2018), o urbanización neoliberal (Ramírez Zaragoza, 2019), el término gentrificación está presente en textos tanto en inglés como en español en muchos de estos temas tal y como aparecen en las ciudades latinoamericanas. Cuando nos referimos a la gentrificación en este artículo, nos referimos a las transformaciones actuales en la producción del espacio urbano en los barrios históricos de la zona centro de la Ciudad de México que implican una revalorización de los usos del espacio urbano, destacando la renovación arquitectónica, el énfasis en los servicios y la inversión en el espacio público que en conjunto producen una sensación de exclusividad (Olivera y Delgadillo, 2014). Desde nuestra perspectiva, este concepto nos ayuda a entender los desalojos y desplazamientos como mecanismos estratégicos de la gentrificación, que tienen efectos de género y raciales específicos.

Finalmente, la última dimensión que guía nuestro análisis es la centralidad de las emociones y la afectividad que tiñen las historias y marcan su devenir. Inseparables, las emociones (Davidson *et al.*, 2016) y los afectos (Ahmed, 2014) median la relación entre una inquilina y su entorno, en la medida en que son las interacciones afectivas entre las mujeres y sus espacios, entre la espacialidad y la temporalidad de las emociones y, más específicamente, la forma en que estas emociones se vinculan alrededor y dentro de ciertos lugares, lo que adquiere relevancia dentro de la experiencia de habitar la vivienda y su pérdida en el desalojo.

## Contexto de estudio y aproximación metodológica

Nuestra investigación se orienta a encontrar la dimensión de género de las experiencias de movilidad forzada de mujeres que forman parte de la “Red de Desalojados de la Ciudad de México”. Este grupo busca, colectivamente, dar soluciones de vivienda accesible a sus participantes y sirve como una comunidad de apoyo, una fuerza de presión y una protesta de resistencia organizada para las personas que pasan por la experiencia emocionalmente agotadora, legalmente confusa y burocráticamente tediosa de resistir ante un desalojo, cuyo accionar se inscribe en el marco de las luchas del Movimiento Urbano Popular. Esta red si bien es una organización mixta, son las mujeres las que constituyen la participación activa.

Por lo tanto, la opción metodológica es seguir una estrategia etnográfica feminista (Pérez y Gregorio, 2020) que toma al espacio urbano como un objeto de crítica, como se ha planteado de manera sistemática dentro de las geografías feministas (Kern, 2010; Soto, 2018). Consideramos que el método etnográfico feminista desencantado de las “abstracciones y las ilusiones positivistas, así como de los dualismos sujeto/objeto, pensamiento/sentimiento, sujeto conocedor/objeto de conocimiento, personal/político” (Gregorio Gil, 2014, p. 299) nos parece más ajustado a la comprensión de una posición política situada que pone en el centro lo emocional para abordar las voces y experiencias espacializadas de las mujeres en los procesos de relocalización dentro de la ciudad. En este sentido, retomamos las críticas que sostienen que todo conocimiento se produce en circunstancias específicas y que esas circunstancias le dan forma (Haraway, 1991; Rose, 1997).

La producción de narrativas se realizó mediante entrevistas en profundidad con mujeres que participan en la Red de Desalojados, realizadas entre 2019 y 2020, a partir de un proyecto más amplio sobre el desplazamiento por gentrificación en la Ciudad de México. Las entrevistas fueron posibles luego de un proceso de participación en reuniones y diferentes instancias de interacción con los y las participantes. El proyecto completo engloba entrevistas con 36 personas, de las cuales 9 son mujeres viviendo procesos de desalojo. A través de este instrumento se reconstruyó el discurso de la vida cotidiana de mujeres de entre 28 y 75 años, ubicando sus vivencias sobre el desalojo y la cotidianeidad de la nueva vivienda, las adaptaciones que realizan para garantizar su seguridad y la forma en que dependen del acceso a la ciudad central para mantener a sus hijos e hijas. Con este método pudimos explorar cómo la posibilidad de perder la vivienda y los procesos de desarraigo pueden ser comprendidos desde una mirada relacional entre las prácticas, las emociones y los lugares.

## Hallazgos del estudio<sup>1</sup>

### EL DESEO DE QUEDARSE: SUEÑOS DE IN-MOVILIDAD VOLUNTARIA

Las mujeres que participaron en la investigación y que expresaron sus deseos, hablaron del significado de tener raíces, memorias, de tener un espacio para vivir. Si entendemos que el espacio, bajo la perspectiva de Massey (1994), se constituye como producto de las relaciones a través de interacciones que están necesariamente implícitas en las prácticas materiales que deben realizarse, las entrevistadas quieren quedarse donde han desarrollado un vínculo afectivo con el lugar donde “el apego se encuentra enraizado en la práctica cotidiana que alimenta recuerdos, que genera diferentes emociones y hace que el lugar se vuelva algo que no solo te pertenece sino que es parte de ti” (Poma, 2018, p. 6).

Es el caso de Gema, una mujer de 60 años, que ha vivido en el mismo departamento desde pequeña. Su familia llegó a la Ciudad de México en 1957 de Oaxaca con poco más que unos petates de paja<sup>2</sup> para dormir y una mesa plegable. Se instalaron en un departamento de dos habitaciones, en donde ella vive todavía con su hija y sus dos nietos. Es costurera y ayuda a su hija, enfermera, en trabajos de cuidado de sus nietos. La propiedad del edificio es incierta y sus esfuerzos junto al de otros inquilinos por expropiarlo para gestionarlo ellos mismos han fracasado en los juzgados, pero los intentos de desalojo han tenido éxito en varios departamentos de su edificio. Gema quiere quedarse donde están sus raíces: cree en el estado de derecho y quiere usar las herramientas legales a su disposición para permanecer en su vivienda, pero teme que finalmente sea expulsada del centro.

No es la única que quiere hacer las cosas bien, pero tiene poco éxito al intentarlo. Muchos inquilinos de la “Red de Desalojados” están atrapados en largos procesos legales para permanecer o regresar a sus edificios. En otro sentido, la mayoría de las entrevistadas también hablan de un deseo de volver a lo que conocían antes de que las inmobiliarias se interesaran por el lugar donde viven y empezaran a aumentar las rentas a su alrededor.

Para algunos inquilinos que aún viven en estas zonas y pagan rentas accesibles, lo que mantiene a flote muchas de sus realidades es un tenue acuerdo previo de renta accesible. No obstante, cuando el barrio se gentrifica o el propietario fallece y el edificio pasa a manos de nuevos propietarios sin vínculos emocionales con el antiguo barrio o los antiguos inquilinos, la irresistible tentación de subir la renta a precios de mercado hace que estos inquilinos no puedan pagar las nuevas rentas. En este mismo sentido Saskia Sassen advierte que ya no se pueden llamar simplemente condiciones de desigualdad, y ni siquiera de desigualdad extrema; lo que estamos presenciando en las ciudades, argumenta la autora, es el abandono del gradiente y el salto hacia una lógica de expulsión, donde los derechos y las protecciones no solo son limitados, sino francamente se niegan (Sassen, 2014).

1 Algunos detalles, incluidos los nombres y lugares, han sido modificados para proteger el anonimato de las mujeres participantes.

2 Petate, del vocablo náhuatl “*petlatl*” es un tipo de tapete, alfombra tejida o estera de paja.



Pero las mujeres en la Red son enfáticas en sostener que no desean quedarse utilizando medios corruptos o recibiendo dádivas, sino a través de un camino en el que se les reconozca el espacio en el que han desarrollado sus vidas durante largos años y que cuando el lugar está en peligro o cuando están en peligro de ser expulsadas de manera forzada, el vínculo de arraigo que las une con el lugar adquiere mayor conciencia. Podríamos pensar que lo que están planteando es el derecho a una inmovilidad voluntaria o, arraigo elegido, en términos de DeVerteuil (2011), que no pueden conseguir ante un sistema legal corrupto y de poderes desequilibrados. Más bien, lo que se les presenta como alternativa es el desalojo: el traslado forzado a un lugar no elegido por ellas.

Por otra parte, la inmovilidad voluntaria, es decir, la elección de estar donde se está sin amenazas de que alguien lo desaloje, es un lujo que no todas las entrevistadas se pueden permitir. Es a la vez “muy sencillo y muy complicado”. Es complicado debido a que la ciudad y las inmobiliarias con sus cálculos económicos no están del lado de las mujeres, pero sencillo a la vez, cuando se entiende que el compromiso afectivo de estas mujeres fue lo que añadió valor al barrio a través de sus impuestos y que, además, su activa participación a lo largo de los años ha contribuido a que estos barrios sean lugares atractivos para vivir. De hecho, ellas reconocen que su continua preocupación ha evitado que estos espacios queden abandonados.

## EL DESTIERRO Y LA PERCEPCIÓN CONTRADICTORIA DEL BARRIO

“El barrio es la casa”, mientras salen de su boca las palabras le dibujan una sonrisa. Malena ha vivido en la misma cuadra de un barrio céntrico durante 30 de sus 42 años. Ha vivido allí el tiempo suficiente para que todos los propietarios de las tiendas la conozcan a ella y a sus hermanos por su nombre y, ha visto que los negocios familiares han pasado ya a las nuevas generaciones. Pero de esas familias solo quedan unas pocas. Las demás han tenido que mudarse a la periferia, a la salida de la autopista hacia Puebla, Chalco o Ecatepec, contó Malena mientras nos sentábamos en bancos de plástico en el centro de la pequeña lavandería de su familia una tarde de sábado del otoño de 2019.

Ella no es la única que siente que la vivienda y el barrio están entrelazados en el centro de la Ciudad de México. Varias mujeres expresan historias de apego hacia sus barrios, es decir no tanto a sus viviendas, sino a los alrededores inmediatos, que representan emociones compartidas y significaciones comunes, soportes de prácticas e instituciones de reciprocidad que, con la introducción de los intereses inmobiliarios, se han visto rebajados a simples espacios de competencia. En efecto, la familiaridad con los propietarios de las tiendas y los vecinos que ocupan los espacios públicos del barrio y sentir que se tiene una comunidad en una ciudad tan grande “implica un sentimiento de seguridad asociado a su proximidad y contacto y una pérdida de esa figura produce miedo y angustia” (Hidalgo, 1998, p. 53).

Figura 1.  
*Paisaje céntrico: calle en La Colonia Doctores.*



Foto por Jess Linz, 2020.

El hogar no son solo las cuatro paredes que delimitan la vivienda que se habita, más bien, la experiencia del habitar se extiende hacia el barrio y la ciudad, porque los procesos de habitar la vivienda deben ser entendidos como un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto ubicarse dentro de un orden espacio temporal, al mismo tiempo reconociéndolo y estableciéndolo (Giglia, 2012). Una mirada tradicional del hábitat residencial ha centrado su atención en la relación vivienda-barrio como el contenedor de las experiencias, lo que ha implicado que se entienda como un conjunto de prácticas localizadas identificadas con la vivienda bajo una concepción estática de un espacio fijo, y con ello mucho menor interés. En este mismo sentido, separar lo que es hogar de lo que no lo es, con esas paredes, introduce una falsa división de algo continuo (Iturra, 2014).

Mónica, una estudiante universitaria que asiste a clases nocturnas solía volver sola a casa desde el metro por la noche con confianza cuando vivía en el Centro Histórico. No obstante, cuando ella y su familia fueron desalojadas, se trasladaron a unos 40 minutos en metro hacia el sur, a una zona cercana al metro San Isidro hace un año y medio, donde describe la sensación de incertidumbre que le produce volver a casa desde el metro por la noche:

“Si yo llegaba tarde allá no importaba, porque mis vecinos me conocían y yo estaba segura. No había ningún problema que yo llegara tarde allá. Aunque no conozcas bien a tus vecinos te reconocen. Si te pasa algo están allá ¿Te ubican? (afirma con un gesto de la cabeza) y aquí no, porque no conocemos a nadie. Entonces creo que eso de la seguridad es lo que me pegaba un poco más a mí. [...] Si te pasa algo nadie va a estar para ayudarte. Por ejemplo, caminando del metro, entonces lo que hacemos es que cuando voy llegando, mando un mensaje y alguien viene a caminar conmigo. Todavía lo hacemos. Este no es un lugar inseguro, pero te arriesgas, te vas caminando y no hay nadie. Y de repente puede salir alguien”.

Mónica contrapone sus sentimientos de comodidad al caminar por la noche en el centro con sus sentimientos de incertidumbre en San Isidro. Su familiaridad con los vendedores y vecinos del Centro hizo que ante la incertidumbre de lo que puede ocurrir en las ciudades por la noche se sintiera cómoda y acompañada. Por el contrario, su preocupación por caminar de noche cerca de San Isidro es que, ante la misma incertidumbre urbana, no haya alguien que la acompañe si sucede algo extraño. En otras palabras, la familiaridad con los vecinos no elimina la incertidumbre inherente a la vida urbana, pero sí cambia las herramientas con las que se cuenta para enfrentar un evento inesperado. “Es que no conoces a nadie”, dice. “Entonces si te pasa algo nadie va a estar para ayudarte”. Lo que describe es la diferencia entre sentirse completamente desprevenida y sentir que puedes manejar cualquier cosa que se te presente: sentimientos de agencia significativamente diferentes, un horizonte de experiencias, valoraciones y significaciones en las que la sensación de temor y de inseguridad de alguna forma devalúa ese sentido de comunidad y desdibuja con facilidad la pertenencia a la nueva colonia.

No es particular de la Ciudad de México sentir los extremos del hogar y la alienación en el paisaje urbano. A veces la ciudad te dice implícitamente y otras veces te dice explícitamente que no perteneces. Ciertas partes de la ciudad exigen formas particulares de vestir y actuar, y las mujeres no siempre pueden ajustarse a las exigencias de un barrio concreto. Por lo tanto, la ciudad no solo está segregada físicamente con muros y construcciones residenciales orientadas hacia el interior, sino que cada vez segrega más a las clases sociales

Figura 2.  
*Paisaje periférico en la salida a Puebla, Alcaldía Iztapalapa.*



Foto por Jess Linz, 2019.

en una “escala mucho mayor que la correspondiente a los barrios o vecindarios” de otras décadas (Duhau y Giglia, 2008, p. 93).

## LA VIDA ES COMPLICADA EN LA PERIFERIA

El desplazamiento no solo hace aflorar el miedo a la inseguridad, sino también el temor a las nuevas y complicadas necesidades de movilidad que implica vivir lejos de los destinos cotidianos. Verse obligada a desplazarse configura un entramado de arreglos, prácticas y decisiones para moverse entre el hogar y el trabajo, la escuela y otros destinos, pero también una serie de emociones como frustración, pena, enojo y preocupación. Según algunos autores, los residentes de la Ciudad de México han mostrado durante mucho tiempo patrones de vivir cerca de donde trabajan (Suárez y Delgado, 2010). Así, en una ciudad como la Ciudad de México, donde cruzar de un extremo a otro puede llevar más de tres horas, quizá esto explique por qué la gente desea tanto quedarse en su sitio.

Eva ha vivido gran parte de su vida en un céntrico barrio conocido por el comercio y la delincuencia, pero con el reciente auge de la urbanización y la especulación, la compra o renta de una vivienda en esta zona estaba fuera del alcance de su reducido presupuesto. Luego de sentarnos en la mesa plegable del centro de la sala principal del centro comunitario que ella dirige, aún repleta de materiales sobrantes de un taller de piñatas que acababa de terminar, Eva expresó que en la Victoria las calles están desiertas a las siete de la tarde. Los restaurantes cierran y el tráfico callejero, que es alto durante el día, se evapora. El centro comunitario planifica actividades nocturnas en el centro o en la plaza para personas jóvenes del barrio. Algunas de ellas han sido batallas de rap, música y baile, clases de artes visuales y talleres de permacultura. A Eva le encanta este lugar. Aquí es donde su infancia se desarrolló, donde fue a la escuela primaria y secundaria, donde pasó sus años de joven adulta, y donde le encantaría comprar una casa para criar a sus hijos y seguir sosteniendo el centro comunitario. Pero sabe que no será posible: como la zona es tan cara, Eva y su familia se tuvieron que mudar a la periferia, lo que representa un momento de ruptura y que su narrativa esté dividida en un antes y un después. La casa que se anunciaba a unos 20 minutos de la última estación de la línea del metro, en la práctica, estaba más bien a 60 minutos de esta, lo que generalmente implica otros 30 minutos más en el tren hasta la parada de la Victoria. Al comenzar la periferia, termina el transporte público integrado de la ciudad y las combis, los taxis y otros sistemas concesionados de transporte conforman una red de transporte informal “deficiente” y “desarticulada” (Paxton-Martin, 2017, p. 39). Para la familia de Eva se volvió una mejor opción utilizar su propio vehículo particular desde el metro a su casa para evitar el viacrucis del último trayecto. Sin embargo, no notaron la diferencia y, finalmente después de seis meses, la familia dejó la periferia y se mudó a otra parte de la ciudad, aunque aún no están de vuelta en la Victoria.

Los largos y complicados desplazamientos no son el único obstáculo para habitar en la periferia de la ciudad. Los patrones de desarrollo urbano de las últimas décadas provocan una atomización, una ruptura, un distanciamiento entendido a través de la idea de segregación o fragmentación (Caprón y González, 2006), es decir “un conjunto desarticulado de lugares separados, segregados, provistos de dispositivos de cierre a menudo agresivos, donde el transeúnte no puede pasar” (Duhau y Giglia, 2008, p. 394). Sin embargo, como afirman Imilán *et al.* (2020) en el contexto de un asentamiento informal chileno, los espacios periféricos no



están completamente aislados de la ciudad. Más bien, están mal conectados con la ciudad y, para llegar a fin de mes, sus habitantes afrontan cada día el reto de navegar por complejas trayectorias que no están en absoluto diseñadas pensando en la movilidad diaria.

Además, aprender las formas en que se divide el espacio en una nueva parte de la ciudad y encontrar la manera de negociarlas no ha sido fácil. Retomando la narrativa de Mónica, su nuevo viaje a la escuela requiere una línea de metro adicional y caminar cerca de una avenida rápida y desolada que no solo lleva el tráfico de alta velocidad y el metro a través de la ciudad, sino que divide dos barrios y desalienta el tráfico a pie. La solución que se le ocurrió a su familia fue que alguien llevará al perro a pasear por la tarde para encontrarse con ella en el metro y volver juntas a casa cada noche. La forma en que la ciudad está separada en esta zona más suburbana produce la soledad que hace que Mónica se sienta insegura al caminar por la noche.

## **SENTIMIENTOS DE DESTIERRO MÁS ALLÁ DEL *BANISHMENT* RACIAL**

Tal como lo enunciamos anteriormente el concepto de “*banishment*” como el castigo de ser enviado fuera de un país u otro lugar (Stevenson y Lindberg, 2010), ha sido utilizado también para describir la migración interna forzada de afrocolombianos racializados (Moreno Hurtado y Mornan, 2015). Este uso es particular, porque para los afrodescendientes, el destierro despierta el trauma histórico de haber sido traficados desde África en la trata de esclavos (Moreno Hurtado y Mornan, 2015). A través del uso del destierro por parte de Moreno Hurtado y Mornan, y el uso de *banishment* por parte de Roy, se vincula el proyecto de racialización con la expulsión a través del desalojo. Sin embargo, la utilidad del destierro para describir la violencia racializada no se aplica exclusivamente a la negritud, ya que, según Sznajder y Roniger, “el destierro como castigo por delito o el control, tiene una tradición en América Latina que data a los inicios de la colonia” (Sznajder y Roniger, 2009, p. 42). Esto resulta interesante para nuestro caso de estudio porque los y las indígenas han sufrido la privación de recursos, la migración económica y la criminalización, esta movilidad involuntaria también tiene vínculos históricos con el trauma racializado. En la Ciudad de México, este despojo racializado se remonta a la colonización (Gruzinski, 2012, p. 307). En nuestro caso de análisis, muchas de las personas que se enfrentan al desalojo se identifican como indígenas o de piel más oscura. Ariana, quién es indígena mazahua, expresa la realidad que se vive actualmente en el centro de la ciudad de México:

“Nosotros, como indígenas, somos muy maltratados por el gobierno. Queremos vender productos para ganarnos la vida, pero nos quitan. Sólo queremos trabajar, ganar dinero y comprar nuestro edificio. Nos mudamos aquí desde el Estado de México en busca de oportunidades, para que nuestros hijos tengan una vida mejor. Mi hija va a ir a la UNAM este año a estudiar ingeniería. Queremos comprar nuestro edificio. En el Estado de México no podíamos salir adelante y ahí nos quieren mandar de vuelta”.

En su discurso señala que ser una vendedora indígena en la ciudad es un obstáculo, no por la falta de ventas sino por el antagonismo de las autoridades al acto de vender. Su trabajo ha estado lleno de riesgos a su integridad física y a la libertad de miembros cercanos de su familia, episodios de maltrato, multas, cárcel, negociaciones para liberar a compañeras encerradas; la invisibilidad y la discriminación forman parte de

trabajar y habitar en el espacio público<sup>3</sup>. Este antagonismo proviene de vivir y vender no solo *en la ciudad* sino *en esta parte* de la ciudad, donde los barrios se están gentrificando, y donde los vecinos han expresado que la gentrificación es un proyecto de “blanqueamiento por despojo”<sup>4</sup> (Gaytán, 2019).

Como deja claro Ariana, el futuro de su familia depende de la posibilidad de permanecer en la ciudad, aunque permanecer en ella signifique sufrir racismo y hostilidad por ser indígena. Durante la entrevista, expresó una y otra vez que su objetivo era comprar el edificio en común con otras familias indígenas que vivían allí, haciendo hincapié en su honestidad, en su trabajo duro, en la inversión, en su familia y en cómo todo ello es invisible para la lógica del mercado de la vivienda y de las autoridades. El edificio que Ariana y sus vecinos están interesados en comprar es un edificio antiguo que está clasificado como de riesgo medio de derrumbe. El gobierno clasifica los edificios en alto, medio y bajo riesgo según la gravedad de los daños. Sin embargo, a raíz del terremoto de 2017, los edificios cuyos daños se originaron antes del sismo no pudieron recibir aportes para la reconstrucción<sup>5</sup>. Además, cuando la propiedad de un edificio dañado es incierta, este financiamiento no es accesible. Debido a esto, el edificio de Ariana sigue en la indefinición, sobre todo porque cuando los habitantes no están seguros de si tienen derecho a permanecer en un edificio cuya propiedad no está clara, no se atreven a abandonar el inmueble ni siquiera temporalmente, incluso siendo éste estructuralmente inseguro.

Ariana no es la única que sigue habitando un edificio de riesgo medio. Los indígenas otomíes que llevaban dos décadas ocupando formalmente la dañada pero histórica embajada de España fueron unos de los primeros trasladados de su edificio bajo el riesgo de derrumbe, para luego ser desalojados violentamente del espacio el 19 de septiembre de 2018, en el primer aniversario del terremoto de 2017 (Gilet, 2019). Los inquilinos de estos edificios peligrosos saben que si pierden su precaria vivienda, no tienen opciones para otro lugar en las cercanías. Si son expulsados, saldrán hacia la periferia, pero cada día es una apuesta por su seguridad física bajo una infraestructura comprometida estructuralmente.

De acuerdo a lo anteriormente planteado, podemos considerar que la lucha de Ariana por permanecer en su edificio es una lucha contra el destierro con dimensiones raciales y de género, como opresiones interseccionales. Así, Ariana se enfrenta al desalojo de la vivienda que su familia ha ocupado y, por otro, si fueran expulsados su destino casi seguro sería la periferia. Pero ella ya sabe, porque viene de la periferia, que los márgenes de la ciudad tienen muy poco que ofrecerles. Además, el destierro a la periferia, desde una mirada de género, no es solo un castigo a través del exilio sino un castigo a su futuro, que la separa de las promesas de la ciudad, especialmente en lo que se refiere al destino de sus hijos. Su hija está en su segundo año de ingeniería en la UNAM y sus hijos menores sacan buenas calificaciones. En la ciudad, mantiene la esperanza de que su familia encuentre cierta estabilidad económica, no obstante afirma que ser indígena determina las actividades que puede realizar, la criminalización de estas y de su clase social. En esta línea argumental, creemos que

3 Para más información sobre la hostilidad hacia la venta ambulante, ver Crossa, 2009.

4 Personas activistas y vecinos en la colonia Juárez llevan varios años señalando la gentrificación como un proyecto de racialización. Insisten en que se denomine “blanqueamiento por despojo” y no gentrificación, a la que se refieren como un término dignificador, dada su relación etimológica con “gentil”.

5 Ley para la reconstrucción integral de la ciudad de México, 2018.

en este caso los sistemas de clasismo, racismo y sexismo no pueden entenderse disociados los unos de los otros (Viveros, 2016). El caso de Ariana expresa, en este sentido, como las esferas vitales de la vida han sido separadas artificialmente y, siguiendo a Molina (quien retoma la propuesta Lefebvrina) como “a pesar de las fragmentaciones de la vida urbana, la vida cotidiana sigue un continuo espacio temporal de la acción, pensamiento y sentimiento” (Molina, 2013, p. 223).

El registro emocional de la experiencia de Ariana se ubica entre el dolor, la ansiedad, el miedo y la angustia provocadas por la incertidumbre y, como ella lo menciona, se encuentra “en un callejón sin salida”. Las perspectivas de futuro de su familia están comprometidas en la periferia debido a factores económicos, pero también lo están en el centro de la ciudad: el edificio en el que vive podría derrumbarse y, cuando intenta ganarse la vida, corre el peligro de ser criminalizada, multada, fichada y encarcelada. Tanto el centro como la periferia son hostiles para su bienestar y para la vida que busca construir para sus hijos e hijas. Pero, además, también hay que tener en cuenta que Ariana ya fue desterrada dos veces. En primer lugar, su familia dejó su hogar para venir a la Ciudad de México a buscar un futuro, exiliándose voluntariamente en la ciudad, pero mientras intenta echar nuevas raíces en un lugar donde el futuro pudiera ser prometedor, se enfrenta a un segundo desalojo que podría llevarla a ella y a su familia de vuelta al lugar de donde vinieron. El derecho a controlar la propia movilidad está entonces determinado no solo por la clase y el género, sino también por un sistema étnico-racial.

## Conclusiones

Los conceptos de inmovilidad voluntaria, movilidad cotidiana y destierro racial han servido para comprender con mayor profundidad las formas en las que el barrio, como extensión del hogar, desempeña un importante papel en la percepción que una persona tiene de su libre circulación. También muestra que expulsar a esas inquilinas del centro de la ciudad tiene complicaciones tanto logísticas como emocionales. Asimismo el artículo expone cómo el desalojo generalizado de estas mujeres racializadas que no tienen acceso a alternativas de viviendas viables en la proximidad de sus viviendas originales equivale a un destierro racial, el castigo de expulsar a alguien de un lugar determinado, que cruzadas con las categorías interseccional del género muestra que formulando interrogantes específicos sobre cómo se presentan las categorías de dominación en la vida de las mujeres, la idea de destierro racial y de género puede ser pertinente para comprender el desalojo desde una mirada crítica de género.

A menudo no se presta la debida atención a estas texturas de la violencia del desplazamiento causado por la gentrificación, especialmente porque se trata de una violencia que se escapa de la vista, una violencia simbólica, naturalizada que desaparece con la persona que es expulsada de un barrio en el que ya no es valorada. Por otro lado, hemos puesto la atención en los deseos de permanecer y el miedo al desalojo de las entrevistadas a través de la lente del sentimiento de apego al hogar y seguridad en la ciudad, a estos los hemos

denominado como deseos de inmovilidad voluntaria o arraigo elegido. Al organizarse y defender su derecho a quedarse, también están defendiendo su identidad, su habitar y su seguridad, todos elementos que están amenazados junto con la vivienda. También profundizamos en la logística a la que se enfrentan las residentes que deben alejarse del centro de la ciudad hacia la periferia, articulando las adaptaciones que deben hacer a los trayectos diarios para llevar a cabo las actividades habituales de la vida.

Al contar las historias de las mujeres racializadas, este artículo muestra que el desalojo va acompañado de un espectro emocional que abarca el miedo, la dignidad, la tristeza, el dolor por la amenaza de perder su vivienda y con ello sus redes, el vínculo afectivo con el lugar, el trabajo y más. Pretendemos llamar la atención sobre un grupo especialmente vulnerable a esta forma de violencia urbana, las mujeres, porque son ellas las que soportan el costo de la gentrificación, pasado por alto en el debate público y la literatura académica. Al invitar a las y los lectores a sentir los miedos, la angustia, y la ansiedad como emociones encarnadas, a posicionarse en las encrucijadas y acompañar a las mujeres en los callejones sin salida a los que se enfrentan, hemos dado materialidad a procesos urbanos abstractos como la gentrificación y el desplazamiento por desalojo, visibilizando las cargas ocultas que estas mujeres llevan cuando son desterradas e invisibilizadas en la periferia.



## Abstract

In this article we analyze the differential effects of gender in cases of forced residential eviction and displacement to the periphery as they are lived by women residents of Mexico City. We consider eviction to be one of the least addressed problems in urban studies, but one that exhibits great strength for discussing the issues of housing and the city from a feminist perspective. We hypothesize that this is an expulsion not only of women, but of racialized women. Gathering concepts of eviction, mobility, and immobility, “racial banishment”, gentrification and others, and through a qualitative investigation that reconstructs the stories of eviction and displacement collected through interviews with women from the “Eviction Network of Mexico City”, we offer emotional and embodied texture to these abstract urban processes. In this context, the findings show how ethnic-racial issues intersect and produce specific gendered effects. At the same time, we pinpoint how forced displacement can be understood from the perspective of mobility and immobility, where aspects such as access to the city and insecurity are very sensitive for women, and finally, we address how to understand the experience of eviction from an emotional perspective.

## Dreams of staying put: Women’s experiences of eviction in Mexico City

**Keywords: displacement; gender; gentrification;  
housing; racial banishment.**



## Introduction

On October 15, 2021, hired movers illegally entered the home of 20 Mazahua indigenous families in the Juarez neighborhood of Mexico City, beating and removing its inhabitants. They arrived with hammers, sticks and other objects, exhibiting an excess of violence, without prior notice, and with no official paperwork (“Así se vio desde el aire”, 2021). They managed to remove the furniture and personal belongings before being stopped by a fight and the arrival of the city police (Bravo, 2021). A burst of messages about this recent case arrived on the WhatsApp chat of a group that has organized against evictions in the city, denouncing what has been called “whitewashing by removal” (Gaytán, 2019).

In the last 20 years, as Mexico City gentrifies, some 400,000 families have been expelled to the periphery of Mexico City (Cruz, 2021). In this context, we seek to analyze experiences lived by women that have faced displacement caused by evictions, due to the fact that the repercussions of gentrification are rarely revealed through the experiences embodied and lived by the women, thus providing texture to a process as abstract as gentrification and the processes of immobility and mobility in global cities. Our hypothesis is that this is an expulsion that affects not only women, but also, and to a greater degree, racialized women. Apart from pointing out the intersectionality of this process of expulsion, we also demonstrate the role emotions play in forced evictions, where devastation and anguish combine with feelings of solidarity, hope, attachment to the place, and interweave with embodied experiences of living in the city.

To address the above, we traced an analytical path from the perspective of gender in which, firstly, we situate the problem of the eviction of women, within the framework of a wider concern about housing, outlining the main problems studied and the approaches that support them. In the second part, we reopen the main theoretical debates around the concepts of eviction, mobility and immobility, racial banishment, and gentrification. In the third part, we discuss the gendered and racial dimensions of the evictions through the results of a qualitative research carried out with women of the “Mexico City Evictee Network”. By way of closing, we present the wishes of this collective of women for a “voluntary im-mobility”; that is, the desire to stay put.

## Housing, Gender, and City. Objects, Approaches, and Scales

Like all other problems of inequality, the lack of adequate housing has greater incidence among the most vulnerable groups. “Women face discrimination in many aspects of housing, land, and property based on their gender, which is often compounded by other factors such as poverty, age, class, sexual orientation, or ethnicity” (Naciones Unidas, 2012, p. 40). Indeed, women, children, and girls represent a high percentage of the homeless population.

In this context, different issues have been documented. From a structural perspective, an important problem has been that the protagonism of women in the management of the urban habitat has been ignored, both in the planning of the territory as well as in housing planning (Soto, 2016). Women are doubly excluded; on the one hand, as citizens and, on the other hand, as subjects of planning. Alejandra Massolo (1995) has documented that, despite the key role of low-income women in the urban-popular movements, it has not necessarily been reflected in their participation in decisions about the design of the city, housing, or urban planning. Another problem is the safety of tenancy. In the Mexican case, the gender gap is clearly expressed: according to INEGI (2015), homeownership among women is lower than among men, with 35% of the houses in Mexico being registered to women. If we look at the differences among vulnerable groups, in the case of indigenous women, this difference increases to 10 percentage points in relation to the national percentage: 30.9% of the homes inhabited by indigenous populations are registered in the name of a woman, whereas at the national level, 40.8% of the homes have a woman as owner or co-owner of the property (INEGI, 2015). Access to loans also demonstrates inequality. According to Infonavit (2020), only 34% of loans are granted to women.

On a microsocial scale, we can mention another order of problems. The issue of habitability has contributed to conceiving housing as an environment that is not only physical but emotive and symbolic, where women try to reconcile tasks of social reproduction and productive work by adapting the spaces. (Esquivel, 2004). The standardized design and production of housing responds to a traditional-nuclear family model, and to the gendering of knowledge (Molina, 2006), which is characterized by a dichotomic imaginary where public and private, productive and reproductive have marked urban and housing policies without considering the contemporary changes in the forms of family organization and the multiple life situations of all individuals, which are changeable over time.

In this same microsocial order, we can find the political sense the house acquires through the concept of home, where, beyond the material elements, there will be the immaterial and political aspects of it, such as attachment to place and the collective history of struggle, which can be decisive factors in the creation of a home in a context of poverty (Ossul-Vermehren, 2021). As to our research objective, a less investigated issue has been the matter of forced evictions which, according to international organizations constitutes a serious violation of human rights (Naciones Unidas, 2012). Evictions increase housing instability among tenants in many ways, and may particularly increase the possibility that those evicted end up moving to more remote

and disadvantaged neighborhoods. From a gender perspective, for women who are in a situation of eviction risk, one of the main concerns is their children, losing their access to scholarships, or being unable to enroll them in a school (Centro por el Derecho a la Vivienda y contra los Desalojos, 2006). Adding to the above, during forced evictions, women and girls are especially vulnerable to violence, including sexual violence (Naciones Unidas, 2012).

## **Conceptual Approaches. Critical Notes on the concepts of Eviction, Mobility, “Racial Banishment” and Gentrification**

As we have demonstrated in the preceding section, there is extensive literature linking housing and the city with gender issues. However, these approaches pose a static conception of housing as a fixed space anchored to territory, and with it, much less interest and emphasis has been placed on understanding the extension, and the complementarity of these residences with other spaces of the city based on everyday mobility (Imilan *et al.*, 2018). A category that we consider relevant to understand eviction is the continuum of mobility and immobility in the experience of forced exile in Mexico City. On one hand, the mobility policy as proposed by Cresswell (2010) is expressed in the diverse ways in which people move, and the relations people establish with moving, in other words, mobility policies define who moves and who does not, and therefore who has the obligation to move and who does not, and therefore, who can choose when and how to move. This has clear power implications of power, that is, immobility can be conceived, on the one hand, as an instrument of power and social control of bodies, and on the other, as a discourse through which gendered bodies are constructed. For example, the notion of “territorial confinement” (Rose, 1993).

On the other hand, in the intersection of the studies on immobility/mobility and the urban theory on gentrification and displacement (Elliot-Cooper *et al.*, 2019), we return to DeVerteuil’s (2011) perspective on immobility in the areas of gentrification. The concepts that DeVerteuil presents on *involuntary immobility* (entrapment) and *involuntary mobility* (displacement) seem to us an appropriate framework for understanding the issue of evictions. For DeVerteuil (2011), involuntary immobility has to do with how people get entrapped in an accessible rent in an area undergoing a process of gentrification. They cannot expand their space or move to another space in the area because the one they have is the only option accessible to them. *Involuntary Mobility* describes the forceful displacement of people, against their will: eviction. When these two phenomena coincide -when somebody involuntarily immobile is displaced by eviction from an accessible rental in an area undergoing a process of gentrification- he/she is forced to leave the neighborhood due to a lack of places within the limitations of his/her budget.

Now then, we associate the idea of mobility with a particular type of displacement, which goes beyond the movement of bodies from one place to another, and which Ananya Roy (2017) has called *racial banishment*, a racialized exile that is expressed in geographies of forced mobility and criminalized presence in the territory. For this author, the banishment of racialized persons from parts of the city through eviction is in itself a generalized elimination of Black residents from urban areas in process of gentrification, something that constitutes not only a legal punishment but a racial banishment. From our perspective, this concept can be useful to understand the study case in Mexico City under an extended regime of illegal evictions, based on various assumptions. First, according to Roy (2017), racial banishment is situated as a project of the State, as a concerted effort by the governments to block residency, frequently with the use of police force. Second, racial banishment centralizes the importance of race, creating a form of spatial displacement that expels racialized, and, in our case, gendered bodies from urban areas. Third, banishment, and in our case, eviction, not only signals the disappearance of racialized residents from the urban centers, but also the loss of the sense of community, and of the places and stories people have created by inhabiting the space.

It is important to specify that in the face of the general discourses that describe gentrification outside the English-speaking world, we acknowledge that gentrification consists of a different phenomenon when it takes place in Latin America. The pertinence of the term gentrification to describe the urban transformation has been debated extensively, and, despite reluctance to import it from the Global North and to replace other terms such as 'touristification' (Hiernaux & González, 2014), segregation and poverty (Ziccardi, 2012), modernization and place attachment (Tamariz Estrada, 2019), regeneration/renovation (Leal Martínez, 2016), densification (Flores, 2018), or neoliberal urbanization (Ramírez Zaragoza, 2019), the term gentrification is present in texts both in English and in Spanish about many of these issues as they appear in Latin American cities. When we refer to gentrification in this article, we are talking about the current transformations in the production of urban space in the historic quarters of Mexico City's central area that entail a revaluing of the uses of urban space, highlighting architectural renovation, the emphasis on services, and investment in public space that altogether produce a feeling of exclusivity (Olivera & Delgadillo, 2014). From our perspective, this concept helps us understand evictions and displacements as strategic mechanisms of gentrification, which have specific gendered and racialized effects.

Finally, the last dimension that guides our analysis is the centrality of emotions and affectivity, which color the stories and mark their evolution. As they are inseparable, emotions (Davidson *et al.*, 2016) and affects (Ahmed, 2014) mediate the relationship between a tenant and her environment, to the extent that they are the affective interactions between women and their spaces, between the spatiality and the temporality of emotions and more specifically, how these emotions are connected around and within certain places, which acquires relevance in the experience of inhabiting a place and losing it through eviction.

## Context of the Study and Methodological Approach

Our investigation aims to find the gendered dimension of the experiences of forced mobility of women who are part of the “Mexico City Evictee Network”. This group collectively advocates for affordable housing solutions for its participants and serves as community of support, a lobbying force and an organized protest for people undergoing the emotionally draining, legally confusing, and bureaucratically tedious experience of resisting eviction, whose actions fall within in the framework of the struggles of the *Movimiento Urbano Popular* (People’s Urban Movement). Although this network is a mixed organization, it is women who constitute the majority of active participation.

Therefore, the methodological choice is to follow a feminist ethnographic strategy (Pérez & Gregorio, 2020) that takes urban space as an object of critique, such as has been systematically posed within feminist geographies (Kern, 2010; Soto, 2018). We consider that the feminist ethnographic method, disenchanted from “abstractions and positivist illusions, and from the dualisms like subject/object, thoughts/feelings, knowing subject/ object of knowledge, personal/political” (Gregorio Gil, 2014, p. 299), seems more in accordance with the understanding of a situated political posture that places the emotional at the center when addressing the voices and spatialized experiences of women in processes of relocation in the city. In this sense, we draw on the criticism that claims that all knowledge is produced under specific circumstances and that these circumstances shape it (Haraway, 1991; Rose, 1997).

The production of narratives was done through in-depth interviews with women who participate in the Evictee Network, carried out between 2019 and 2020, as a part of a broader project about displacement caused by gentrification in Mexico City. The interviews were possible after a process of participating in meetings and different instances of interaction with the participants of this group. The whole project encompasses interviews with 36 individuals, nine of whom were women experiencing processes of eviction. Employing this instrument, it was possible to reconstruct the discourse of the daily life of women with ages ranging from 28 to 75, situating their experiences of eviction and daily life in the new dwellings, the adaptations they carry out to guarantee their safety and how they rely on access to the central city to provide for their sons and daughters. Through this method, we were able to explore how the possibility of losing the home and the uprooting processes may be understood from a relational perspective between the practices, the emotions, and the places.



## Findings of the Study<sup>1</sup>

### THE DESIRE TO STAY PUT: DREAMS OF VOLUNTARY IM-MOBILITY

The women who participated in the investigation and expressed their desires, spoke about the meaning of having roots, memories, of having a space to live in. If we understand space through Massey's (1994) perspective, as a product of relations, it is formed through interactions that are necessarily implicit in the material practices that must be carried out, the interviewees want to stay where they have developed an affective link with place: "attachment is rooted in the everyday practice that nurtures memories, generates different emotions, and makes the place become something that not only belongs to you, but is part of you" (Poma, 2018, p. 6).

This is the case for Gema, a 60-year-old woman who has lived in the same apartment since she was a child. Her family arrived in Mexico City in 1957 from Oaxaca with little more than a couple of straw bed mats<sup>2</sup> for sleeping and a folding table. They settled in a two-room apartment, where she still lives with her daughter and two grandsons. She is a seamstress and helps her daughter, a nurse, in the care for her grandchildren. The ownership of the building is uncertain and her efforts along with that of other tenants to expropriate it to manage it themselves have failed in the courts, but the eviction attempts have been successful in several apartments in her building. Gema wants to stay where her roots are: she believes in the rule of law and wants to use the legal tools at her disposal to stay in her home, but she fears she will finally be expelled from downtown.

She is not the only one who wants to do things the right way but has little success at it. Many tenants in the "Evictee Network" are trapped in the lengthy legal proceedings to remain in or return to their buildings. In another sense, the majority of the interviewees also speak about the desire of going back to what they knew before the real estate firms got interested in the place where they live, and the rents started to increase around them.

For some tenants that still live in those areas and pay accessible rents, what keeps many of their realities afloat is a tenuous prior agreement of an affordable rent. However, when the neighborhood is gentrified or the owner dies and the building is transferred to new owners with no emotional links with the old neighborhood or the long-time tenants, the irresistible temptation of increasing the rentals to match market prices makes it impossible for these tenants to pay the new rents. In this same sense, Saskia Sassen warns, these can no longer be simply called conditions of inequality, or even extreme inequality. The author argues that what we are witnessing in cities is the abandonment of the gradient and a leap toward a logic of expulsion, where rights and protections are not only limited but openly denied (Sassen, 2014).

1 Some details, including names and places, have been modified to protect the anonymity of the participating women.

2 Petate, from Nahuatl language, "*petlatl*", a type of sleeping mat, woven rug, or straw mat.

But the women of the Network are emphatic in claiming they do not wish to remain by using corrupt means or receiving charity, but rather through a path in which the space where they have developed their lives for a significant number of years is recognized, and that when the place is in danger, or when they are in danger of being forcefully evicted, link that roots them in the place would acquire greater awareness. We might think that what is being proposed is the right to voluntary immobility or, chosen rootedness, in DeVerteuil's (2011) terms, something they cannot achieve under a corrupt legal system, and with unbalanced powers. Instead, what is presented to them as an alternative is eviction: the forced displacement to a place not chosen by them.

On the other hand, voluntary immobility, that is to say, the choice of staying where you are without the threat of somebody evicting you, is a luxury not all the interviewees can afford. It is at the same time "very simple and very complicated". It is complicated because the city and the real estate firms with their financial calculations are not on the side of the women; but simple at the same time, when it is understood that the affective engagement of these women is what added value to the neighborhood through their taxes, and their active participation over the years has contributed to making these neighborhoods places that are attractive to live in. In fact, they understand that their continuous preoccupation has spared these places from becoming abandoned.

## **BANISHMENT AND THE CONTRADICTIONARY PERCEPTION OF THE NEIGHBORHOOD**

"The neighborhood is home", as the words come out of her mouth, her words draw a smile. Malena has lived in the same block of a downtown neighborhood for 30 of her 42 years. She has lived there long enough for all the store owners to know her and her siblings by name and has seen the family businesses passed on to new generations. However, of those families only a few remain. The rest have had to move to the periphery, to the highway exit to Puebla, Chalco, or Ecatepec, she recounted, as we sat on plastic stools in the middle of her family's small laundry one Saturday afternoon in the fall of 2019.

She is not the only one who feels that home and neighborhood are interwoven in downtown Mexico City. Several women express stories of attachment with their neighborhoods, that is to say, not so much their homes but the immediate surroundings, which represent shared emotions and common significances, support for practices and institutions of reciprocity that, with the introduction of real estate interests, have been relegated to being mere spaces for competition. Indeed, the familiarity with the owners of the stores and the neighbors who use the public spaces in the area and feeling one has a community in such a big city "implies a feeling of security associated with their proximity and contact, and a loss of that figure produces fear and distress" (Hidalgo, 1998, p. 53).

Figure 1.  
*Downtown scene: street in Colonia Doctores.*



Photo by Jess Linz, 2020.

Home is not only the four walls enclosing the dwelling that is inhabited, rather the experience of inhabiting is extended into the neighborhood and the city, because the processes of inhabiting the dwelling must be understood as a set of practices and representations that allow the subject to be situated within a space-time order, at the same time acknowledging it and establishing it. (Giglia, 2012). The traditional perspective on the residential habitat has centered the home-neighborhood relation as the container of experiences, which has implied it is understood as a set of localized practices identified with the dwelling under a static convention as a fixed space, and with that, one of much lesser interest. In this same sense, to separate what is home from what is not with those walls introduces a false division in something that is continuous (Iturra, 2014).

Mónica, a university student who attends evening classes, usually returned home alone confidently from the subway at night when she lived in the Historic Center. However, when she and her family were evicted a year and a half ago, they had to move some 40 minutes away by subway to the south, close to the San Isidro subway station. She describes the sensation of uncertainty she experiences when returning home at night from the subway.

“If I came back late over there it didn’t matter, because my neighbors knew me, and I was safe. There was no problem if I came back late over there. Even if you didn’t know your neighbors well, they recognize you. If something would happen to you, they’d be there. *Do they know you?* (She nods in affirmation) and over here they don’t because we don’t know anybody. So I think that this safety thing is what hit me a little more strongly [...] If something happens to you nobody is going to be there to help you. For example, walking from the subway, so what we do is as I am arriving, I send a text message and somebody comes and walks with me. We still do that. This is not an unsafe place, but you are taking a risk, you go walking and there is nobody. And all of a sudden, somebody can come at you.”

Mónica contrasts her feelings of ease as she walks at night around downtown with her feelings of uncertainty in San Isidro. Her familiarity with the vendors and neighbors downtown made her feel comfortable and accompanied by the uncertainty of what could happen in the city at night. By contrast, her concern when walking at night near San Isidro is that, when facing the same urban uncertainty, there would be no one to accompany her if anything odd happened. In other words, familiarity with the neighbors does not eliminate the inherent uncertainty of urban life but it does indeed change the tools that she can count on to face an unexpected event: “it’s that you don’t know anybody”, she says. “So if something happens to you, nobody is going to be there to help”. What she describes is the difference between feeling completely unprepared and feeling that you can handle anything that may come your way: feelings of agency that are completely different, a horizon of experiences, valuations, and meanings in which the sensation of fear and insecurity somehow devalues that sense of community and easily undoes their feeling of belonging to the new neighborhood.

It is not particular to Mexico City to feel the extremes of home and alienation in the urban landscape. Sometimes the city tells you implicitly and sometimes it tells you explicitly that you do not belong. Certain parts of the city demand particular forms of dressing and acting, and women cannot always adjust to the demands of a specific neighborhood. Therefore, the city is not only physically segregated with walls and residential buildings that face inwards, but it increasingly segregates social classes, “on a much larger scale than that of other neighborhoods or quarters” from other decades (Duhau & Giglia, 2008, p. 93).

Figure 2.  
*Peripheric landscape at the exit to Puebla, Municipality of Iztapalapa.*



Photo by Jess Linz, 2019.



## LIFE IS COMPLICATED ON THE PERIPHERY

Displacement not only brings to the surface the fear of insecurity but also fear of the new and complicated necessities of mobility that living far from daily destinations implies. To be forced to move configures a scheme of arrangements, practices, and decisions to commute between home and work, school, and other destinations, but also a series of emotions such as frustration, sadness, anger, and concern. According to some authors, the residents of Mexico City have shown long-time patterns of living close to where they work (Suárez & Delgado, 2010). Thus, in a city like Mexico City, where crossing from one end to the other may take more than three hours, this may explain why people are so eager to stay put.

Eva has lived most of her life in a central neighborhood known for commerce and crime, but with the recent boom in urbanization and speculation, purchasing or leasing a home in this area was beyond the reach of her limited budget. As we sat at the folding table in the center of the main room of the community center she runs, still covered with leftover materials from a *piñata* workshop that had just ended, Eva expressed that the streets in La Victoria neighborhood are deserted by seven in the evening. Restaurants close, and the street traffic, which is high during the day, evaporates. The community center plans night activities for young people from the neighborhood in the center or on the square. Some of them have been rap battles, music and dance, visual arts courses, and permaculture workshops. Eva loves this place. This is where she grew up, where she went to primary and secondary school, where she spent her years as a young adult, and where she would love to buy a house to raise her children and keep sustaining the community center. However, she knows it will not be possible. Because the area is so expensive, Eva and her family had to move to the periphery, something that represents a moment of rupture, and her narrative is constructed in temporal terms of before and after. The house that was advertised as being 20 minutes from the last station on the subway line, in practice was more like 60 minutes from the station, which is generally another 30 minutes on the train to the La Victoria stop. At the periphery, the city's integrated public transport ends, and vans, taxis, and other concession transport systems conform a "deficient" and "disjointed" (Paxton-Martin, 2017, p. 39) informal transport network. For Eva's family, it became a better option to use their private vehicle from the subway to the house to avoid the ordeal of the final leg of the trip. However, they did not notice a difference and, finally, after six months, the family left the periphery and moved to another part of the city, but they are still not back to La Victoria.

The lengthy and complicated trips are not the only obstacle to living in the periphery of the city. Urban development patterns in the last decades have resulted in an atomization, a severance, a distancing, understood under the notion of segregation or fragmentation (Caprón & González, 2006), that is to say, "a disjointed set of separated, segregated places, equipped with often aggressive closing devices, where pedestrians are prevented from passing through". (Duhau & Giglia, 2008, p. 394). However, as Imilán *et al.* (2020) affirm in the context of an informal Chilean settlement, peripheral spaces are not completely isolated from the city. Rather, they are poorly connected to the city and, to make ends meet, their inhabitants face the daily challenge of navigating complex trajectories that are hardly designed with daily mobility in mind.

In addition, learning how the space is divided in a new part of the city, and finding a way of negotiating them has not been easy. Returning to Monica's narrative, her new trip to school requires an extra subway line and walking near a fast, desolate street that not only carries high-speed traffic and the subway through the city but also divides it in two, discouraging pedestrian traffic. The solution her family came up with was that somebody will walk the dog in the evenings to meet her at the subway and return home together every night. How the city is separated in this more suburban area results in this solitude that makes Monica feel unsafe when walking at night.

## FEELINGS OF EXILE BEYOND RACIAL BANISHMENT

Just as we previously outlined, the concept of "banishment" as a form of punishment that consists in being sent away from a country or other place (Stevenson & Lindberg, 2010), has also been used to describe the forced internal migration of racialized Afro-Colombians (Moreno Hurtado & Mornan, 2015). This use is particular because, for the African descendants, banishment awakens the historic trauma of having been trafficked from Africa in the slave trade (Moreno Hurtado & Mornan, 2015). Through the use of banishment ("destierro" in Spanish) in the case of Moreno Hurtado and Mornan (2015), and banishment in Roy (2017), the racialization project is linked to expulsion through eviction. However, the usefulness of banishment in describing racialized violence does not apply exclusively to Blackness, since according to Sznajder and Roniger, "exile as punishment for crime or control, has a tradition in Latin America dating back to the beginning of colonial times" (Sznajder & Roniger, 2009, p. 42). This is interesting for our case study because indigenous people have suffered the deprivation of resources, economic migration, and criminalization, this racialized dispossession dates back to the period of colonization (Gruzinski, 2012, p. 307). In our analysis, many of those who face eviction identify themselves as indigenous or as having darker skin. Ariana, who is indigenous Mazahua, expresses the reality experienced presently in central Mexico City:

"We, as indigenous people, are abused by the government. We want to sell products to earn a living, but they throw us out. We just want to work, earn money, and buy our building. We moved here from the State of Mexico in search of opportunities, so that our children may have a better life. My daughter will go to UNAM this year to study engineering. We want to buy our building. In the State of Mexico, we could not improve our lives, and they want to send us back there."

In her discourse, she states that being an indigenous street vendor in the city is an obstacle, not for the lack of sales, but for antagonism of the authorities towards the act of selling. Her work has been full of risks to her physical integrity and the liberty of close members of her family. Episodes of abuse, fines, incarceration, negotiations to liberate jailed comrades, invisibility, and discrimination are part of working and inhabiting public space<sup>3</sup>. This antagonism results from living and selling not only *in the city* but in *this part* of the city,

---

3 For more information on the hostility towards street vending, see Crossa, 2009.

where neighborhoods are being gentrified, and where neighbors have expressed that gentrification is a project of “whitewashing by removal”<sup>4</sup> (Gaytán, 2019).

As Ariana makes clear, the future of her family depends on the possibility of staying in the city, even though staying in it may mean suffering racism and hostility for being indigenous. During the interview, she expressed once and again that her goal was to buy the building together with other indigenous families that lived there, emphasizing her honesty, her hard work, her investment, her family, and how all that is invisible to the logic of the housing market and the authorities. The building Ariana and her neighbors are interested in buying is an old building classified as being at medium-risk of collapsing. The government classifies the buildings into high, medium, and low risk according to the severity of the damages. However, due to the 2017 earthquake, the buildings whose damages predate the earthquake were not eligible to receive funds for reconstruction<sup>5</sup>. In addition, when the ownership of a damaged building is uncertain, financing becomes inaccessible. Due to this problem, Ariana’s building remains in a state of indefiniteness, especially because since the residents are not sure they have the right to stay in a building whose ownership is not clear, they fear leaving the building even temporarily, even if it is structurally unsafe.

Ariana is not the only one inhabiting a medium-risk building. The Otomi indigenous people, who had been formally occupying the damaged but historic Spanish embassy for two decades, were among the first to be relocated from their building under risk of collapse, but were then violently evicted from the space on September 19, 2018, on the first anniversary of the 2017 earthquake (Gilet, 2019). The tenants of these dangerous buildings know that, if they lose their precarious home, they have no options for another place nearby. If they are evicted, they leave to the periphery, but each day is a gamble for their physical safety under compromised structures.

Based on the above, we may consider that Ariana’s struggle to remain in the building is the struggle against a banishment that has racial and gendered dimensions as intersectional oppressors. Ariana is thus faced with eviction from the home her family has occupied and, on the other hand, if they are banished, her most certain destiny would be the periphery. But she knows, because she comes from the periphery, that the outskirts of the city have very little to offer to them. Besides, banishment to the periphery from a gender perspective is not only a punishment through exile, but a penalty on her future, separating her from the promises of the city, especially regarding the destiny of her children. Her daughter is in her second year of engineering at UNAM, and her younger children are getting good grades. In the city, she remains hopeful that her family may find some form of economic stability, despite, as she asserts, the fact that being an indigenous person determines the activities she can do, the criminalization of these, and her social class. In this line of argument, we believe that in this case, the systems of classism, racism, and sexism cannot be understood as dissociated from one another (Viveros, 2016). Ariana’s case expresses in this sense how the vital spheres of life have been artificially

---

4 Activist persons and neighbors of the Juárez neighborhood have been long signaling gentrification as a racialization project. They insist it be named “whitewashing by removal” and not gentrification, to which they refer as a dignifying term, given its etymological relation with “gentle”.

5 Law for the reconstruction of Mexico City, 2018.

separated, and following Molina, who takes up the Lefebvrian proposal affirming “despite the fragmentations of urban life, daily life follows a space-time continuum of action, thought and feeling” (Molina, 2013, p. 223).

The emotional register of Ariana’s experience is situated between the pain, anxiety, fear, and distress produced by uncertainty and, as she points out, she is “on a dead-end street” (in a catch-22). The future prospects for her family are at risk in the periphery because of economic factors, but also in the city center: the building where she is living may collapse and, when she tries to make a living, she runs the risk of being criminalized, fined, booked, and incarcerated. Both the center as well as the periphery are hostile towards her welfare and the life she strives to build for her sons and daughters. However, in addition, it also should be taken into consideration that Ariana already has been banished twice. First, her family left their home to live in Mexico City looking for a future, voluntarily going into exile in the city, but while she tries to take root in a place where the future can be promising, she faces a second eviction that could take her and her family back to the place where they came from. The right to control one’s own mobility is then determined not only by social class and gender but also by an ethnic-racial system.

## Conclusions

The concepts voluntary immobility, everyday mobility, and racial banishment have served to understand in greater depth how the neighborhood, as an extension of the home, plays an important role in the perception a person has of his/her freedom to move. It also shows that expelling these women tenants from the center of the city entails logistical as well as emotional complications. Similarly, the article shows how the widespread evictions of these racialized women who have no access to alternatives of viable housing in the proximity of their original homes are equivalent to a racial banishment; the punishment of expelling somebody from a specific place, which, crossed with the intersectional gender categories, shows that, by formulating specific questions about how the categories of domination in the life of women are presented, the notion of racial and gender banishment may be pertinent to understand eviction from a critical gender perspective.

Oftentimes, not enough attention is paid to these textures of violence of displacement caused by gentrification, especially because it is a form of violence that eludes the eyes, a symbolic, naturalized violence that disappears with the person who is expelled from a neighborhood where she is no longer valued. On the other hand, we have placed our attention on the desire to stay put, and the fear of being evicted experienced by the interviewed women through the scope of the feeling of attachment to the home and safety in the city, which we call the desire for voluntary immobility or chosen rootedness. By organizing and defending their right to stay put, they are also defending their identity, their inhabitation, and their security, elements that are all under threat along with their housing. We also delve into the logistics faced by the residents who must leave the center of the city for the periphery, articulating the adaptations they must incorporate in their daily trips to carry out the everyday activities of life.

By telling the stories of racialized women, this article shows that eviction is accompanied by an emotional spectrum that spans fear, dignity, sadness, pain over the threat of losing their homes, and with them their networks, the emotional bond with place, their work, and more. We intend to draw attention to a group that is especially vulnerable to this form of urban violence, women, because they are the ones who bear the cost of gentrification that is overlooked in the public debate and academic literature. By inviting readers to experience the fears, the distress, and the anxiety as embodied emotions; to place themselves at the crossroads and accompany these women down the dead-end streets they must face, we have given materiality to abstract urban processes like gentrification, and displacement by eviction, making visible the hidden burdens these women carry when they are banished and invisibilized in the periphery.

## Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2014). *The cultural politics of emotion* (2a ed.). Edinburgh University Press.
- Así se vio desde el aire el desalojo en la colonia Juárez de la CDMX | Videos. (2021, 15 de octubre). *Aristegui Noticias*. <https://aristeguinoticias.com/1510/mexico/asi-se-vio-desde-el-aire-el-desalojo-en-la-colonia-juarez-de-la-cdmx-videos/>
- Bravo, E. M. (2021, 15 de octubre). Desalojan inmueble en la colonia Juárez; detienen a 15 personas. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/10/15/capital/desalojan-inmueble-en-la-cuauhtemoc-detienen-a-15-personas/>
- Caprón, G. y González, S. (2006). Las escalas de la segregación y de la fragmentación urbana. *TRACE*, (49), 65-75. <https://doi.org/10.22134/trace.49.2006.469>
- Centro por el Derecho a la Vivienda y contra los Desalojos. (2006). *Desalojos en América Latina. Los casos de Argentina, Brasil, Colombia y Perú*. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/Publicaciones/2008/6567.pdf>
- Cresswell, T. (2010). Towards a politics of mobility. *Environment & Planning D: Society and Space*, 28(1), 17-31. <https://doi.org/10.1068/d11407>
- Cruz, A. (2021, 22 de noviembre). Alto costo de suelo y vivienda, causa de expulsión de familias: Sheinbaum. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2021/11/22/capital/alto-costode-suelo-y-vivienda-cause-de-expulsion-de-familias-sheinbaum/>
- Davidson, J., Bondi, L., y Smith, M. (Eds.). (2016). *Emotional geographies*. Routledge, Taylor & Francis Group.
- DeVerteuil, G. (2011). Evidence of gentrification-induced Displacement among social services in London and Los Angeles. *Urban Studies*, 48(8), 1563-1580. <https://doi.org/10.1177/0042098010379277>
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden*. Siglo XXI Editores.
- Elliott-Cooper, A., Hubbard, P., y Lees, L. (2019). Moving beyond Marcuse: Gentrification, displacement and the violence of un-homing. *Progress in Human Geography*, 44(3), 492-509. <https://doi.org/10.1177/0309132519830511>
- Esquivel, M. T. (2004). Gestión, uso y significado de la vivienda desde la perspectiva de género. En A. Massollo (Comp.), *Una mirada de género a la ciudad de México* (pp. 33-52). UAM-Azcapotzalco/ Red Nacional de Investigación Urbana.
- Flores, A. (2018). Cartografía del tsunami inmobiliario: El movimiento urbano popular y los vínculos urbano-rurales del boom inmobiliario en la Ciudad de México. *Espiral, Revista de Geografías y Ciencias Sociales*, 1(1), 7-28. <https://doi.org/10.15381/espiral.v1i1.15843>
- Gaytán, P. (2019, 18 de marzo). Blanqueamiento por despojo. Permanecer en La Merced. <https://permanecer-en-lamerced.wordpress.com/2019/03/18/blanqueamiento-por-despojo-por-pablo-gaytan-santiago/>
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura*. Anthropos-UAM-Iztapalapa.
- Gilet, E. (2019, 1 de abril). Los Otomí, el pueblo indígena que custodia el legado de la República Española en México (fotos). *Sputnik Mundo*. <https://mundo.sputniknews.com/20190401/embajada-espanola-republica-mexico-otomi-ruinas-juarez-1086395766.html>
- Gregorio Gil, C. (2014). Traspasando las fronteras dentro-fuera: reflexiones desde una etnografía feminista. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 9(3), 297-322. <https://doi.org/10.11156/274>
- Gruzinski, S. (2012). *La ciudad de México: una historia*. Fondo de Cultura Económica.



- Haraway, D. (1991). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway, *Ciencia, cyborg y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-346). Cátedra.
- Hidalgo, M. C. (1998). *Apego al lugar: ámbitos, dimensiones y estilos*. (Tesis Doctoral en Psicología, Universidad de la Laguna, España). <https://riull.ull.es/xmlui/handle/915/10067>
- Hiernaux, D. y González, C. I. (2014). Turismo y gentrificación: Pistas teóricas sobre una articulación. *Revista de geografía Norte Grande*, 58, 55-70. <https://doi.org/10.4067/S0718-34022014000200004>
- Imilán, W., Jirón, P., e Iturra, L. (2018). Más allá del barrio: habitar Santiago en la movilidad cotidiana. *Antropologías del Sur*, 2(3), 87-103. <https://doi.org/10.25074/rantros.v2i3.833>
- Imilán, W., Osterling, E., Mansilla, P., y Jirón, P. (2020). El campamento en relación con la ciudad: informalidad y movilidades residenciales de habitantes de Alto Hospicio. *Revista INVI*, 35(99), 57-80. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582020000200057>
- INEGI. (2015). *Encuesta Intercensal*. <https://www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/>
- Infonavit. (2020). *Reporte anual de vivienda*. <https://portal-mx.infonavit.org.mx/wps/wcm/connect/29acc1f8-3aaa-44d8-bc14-d5397d76f9ab/ReporteAnualVivienda2020.pdf?MOD=AJPERES&CVID=njCGn-J>
- Iturra, L. (2014). ¿Dónde termina mi casa?: Mirando el hábitat residencial desde la noción de experiencia. *Revista INVI*, 29(81), 221-248. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582014000200007>
- Kern, L. (2010). Selling the 'scary city': Gendering freedom, fear and condominium development in the neoliberal city. *Social & Cultural Geography*, 11(3), 209-230. <https://doi.org/10.1080/14649361003637174>
- Leal Martínez, A. (2016). "You cannot be here": The urban poor and the specter of the Indian in neoliberal Mexico City. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 21(3), 539-559. <https://doi.org/10.1111/jlca.12196>
- Massey, D. (1994). *Space, place, and gender*. University of Minnesota Press.
- Massolo, A. (1995). Testimonio autobiográfico. Un camino de conocimiento de las mujeres y los movimientos urbanos en México. *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, (1), 62-84.
- Molina, I. (2006). *Romper Barreras. Género y espacio en el campo y en la ciudad*. El Tercer Actor.
- Molina, I. (2013). Sexismo flexible y malabarismos. Sobre las prácticas cotidianas de la clase obrera en tiempos de transnacionalidad. En M. A. Aguilar y P. Soto (Coords.), *Cuerpo, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales* (pp. 221-249). UAM-I/ Miguel Ángel Porrúa.
- Moreno Hurtado, V. y Mornan, D. (2015). ¿Y el derecho a la ciudad? Aproximaciones al racismo, la dominación patriarcal y las estrategias feministas de resistencia en Cali, Colombia. *Revista CS*, (16), 87-108. <https://doi.org/10.18046/recs.i16.1987>
- Naciones Unidas. (2012). *La mujer y el derecho a una vivienda adecuada*. [https://www.ohchr.org/Documents/Publications/HR.PUB.11.2\\_sp.pdf](https://www.ohchr.org/Documents/Publications/HR.PUB.11.2_sp.pdf)
- Olivera, P. y Delgadillo, V. (2014). Políticas empresariales en los procesos de gentrificación en la Ciudad de México. *Revista de Geografía Norte Grande*, (58), 111-133. <http://doi.org/10.4067/S0718-34022014000200007>
- Ossul-Vermeiren, I. (2021). Prácticas de hacer hogar en asentamientos informales de Viña del Mar, Chile. *Bitácora Urbano Territorial*, 31(3), 201-215. <https://doi.org/10.15446/bitacora.v31n3.86886>
- Paxton-Martin, A. (2017). *Nuevas infraestructuras de transporte en el norte del valle de México: debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades*. (Tesis de Sociología, Universidad Da Coruña). <http://hdl.handle.net/2183/19758>

- Pérez, P. y Gregorio, C. (2020). El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar emociones y resistencias en el espacio urbano. *Revista INVI*, 35(99), 1-33. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582020000200001>
- Poma, A. (2018). La dimensión emocional de los movimientos de resistencia contra represas. *ANPPAS - Revista Ambiente e Sociedade*, (21), 1-22. <https://doi.org/10.1590/1809-4422asoc0207vu18l3ao>
- Ramírez Zaragoza, M. Á. (Ed.). (2019). *La transformación de las ciudades y la acción colectiva en El siglo XXI. De la urbanización neoliberal al derecho a la ciudad*. Ediciones Quinto Sol.
- Rose, G. (1993). *Feminism and geography: The limits of geographical knowledge*. Polity Press.
- Rose, G. (1997). Situating knowledge: Positionality, reflexivities, another tactics. *Progress in Human Geography*, 21(3): 305-320. <https://doi.org/10.1191/030913297673302122>
- Roy, A. (2017). Dis/possessive collectivism: Property and personhood at city's end. *Geoforum*, 80, A1-A11. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2016.12.012>
- Sassen, S. (2014). *Expulsions: Brutality and complexity in the global economy*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Soto, P. (2016). Re-pensar el hábitat urbano desde la perspectiva de género. *Debates, agendas y desafíos. Andamios*, 13(32), 37-56. <https://doi.org/10.29092/uacm.v13i32.524>
- Soto, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. *Perspectiva Geográfica*, 23(2), 13-31. <https://doi.org/10.19053/01233769.7382>
- Stevenson, A. y Lindberg, C. A. (Eds.). (2010). *New Oxford American Dictionary* (3a ed). Oxford University Press.
- Suárez, M. y Delgado, J. (2010). Patrones de movilidad residencial en la Ciudad de México como evidencia de co-localización de población y empleos. *EURE*, 36(107), 67-91. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612010000100004>
- Sznajder, M. y Roniger, L. (2009). *The politics of exile in Latin America*. Cambridge University Press.
- Tamariz Estrada, C. (2019). La colonia Guerrero 1942-1979, procesos de arraigo y permanencia a través de las cualidades sociales del espacio de Simmel. *Intersticios Sociales*, 9(17), 27-58. <https://doi.org/10.55555/IS.17.156>
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>
- Ziccardi, A. (2012). Pobreza urbana, segregación residencial y mejoramiento del espacio público en la Ciudad de México. *Sociologías*, 14(30), 118-155. <https://doi.org/10.1590/S1517-45222012000200005>

# revista invi



**Revista INVI** es una publicación periódica, editada por el Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, creada en 1986 con el nombre de Boletín INVI. Es una revista académica con cobertura internacional que difunde los avances en el conocimiento sobre la vivienda, el hábitat residencial, los modos de vida y los estudios territoriales. Revista INVI publica contribuciones originales en español, inglés y portugués, privilegiando aquellas que proponen enfoques inter y multidisciplinares y que son resultado de investigaciones con financiamiento y patrocinio institucional. Se busca, con ello, contribuir al desarrollo del conocimiento científico sobre la vivienda, el hábitat y el territorio y aportar al debate público con publicaciones del más alto nivel académico.

**Directora:** Dra. Mariela Gaete Reyes, Universidad de Chile, Chile

**Editor:** Dr. Luis Campos Medina, Universidad de Chile, Chile.

**Editores asociados:** Dr. Gabriel Felmer, Universidad de Chile, Chile.

Dr. Pablo Navarrete, Universidad de Chile, Chile.

Dr. Juan Pablo Urrutia, Universidad de Chile, Chile

**Coordinadora editorial:** Sandra Rivera, Universidad de Chile, Chile.

**Asistente editorial:** Katia Venegas, Universidad de Chile, Chile.

## **COMITÉ EDITORIAL:**

Dr. Víctor Delgadillo, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.

Dra. María Mercedes Di Virgilio, CONICET/ IIGG, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Dra. Irene Molina, Uppsala Universitet, Suecia.

Dr. Gonzalo Lautaro Ojeda Ledesma, Universidad de Valparaíso, Chile.

Dra. Suzana Pasternak, Universidade de São Paulo, Brasil.

Dr. Javier Ruiz Sánchez, Universidad Politécnica de Madrid, España.

Dra. Elke Schlack Fuhrmann, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Dr. Carlos Alberto Torres Tovar, Universidad Nacional de Colombia, Colombia.

Sitio web: <http://www.revistainvi.uchile.cl/>

Correo electrónico: [revistainvi@uchilefau.cl](mailto:revistainvi@uchilefau.cl)

Licencia de este artículo: Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0  
Internacional (CC BY-SA 4.0)